

Cera, fumo, mármol, de Emilio Sarroca

Primer premio ex aequo en la categoría de relatos

XIIº concurso literario Condau de Ribagorza, 2013

Ayuntamientos de Graus, Estadilla y Fonz

Antes u después de acicalá las sepulturas que se ocuparán un día, pa Toz los Santos, los vivos rodan per ixa feria en la que se convierte el ceminterio. Sumanciau el rescoldo de las tragedias, los lamentos y las lágrimas, se puede da el gusto d'espíá a la muerte, en frío, sin mas precio que bel punchazo de culpa per no está a tiempo de remendá viejas esgarraduras. Se pasea sin miedo, se la busca y se la cita con presentes u oraciós hasta qu' ella pierde fiereza, la muerte, y la culpa baixa la guardia. Ixa actitú tan humana ayuda como mingún atro día a recomponé la historia chicota, pos aunque se charra flojo y despacio, la sinceridá ya no tiene costo alguno. Se pregunta per la chen que no s'ha llegau a conocé, y al leé los epitafios, al veyé los retratos, se la identifica en las caras de los que traen ramos y velons, a los que sí se conoce, y se cobra una miqueta de morbo reconfortante, per trovase uno entre los vivos. Los ceminterios son una dispensa de la memoria, la chen emigra, lo material da mil candeletas, las familias s'extinguen como las velas el día las almas pero los panteóns permanecen, rara vez s'espalda un panteón y sólo se abre pa ingresá otro inquilino.

Poco antes de la guerra, igual que la moda n'el vestí, va llegó una ola de secularización. Se suprimiban símbolos religiosos, voluntariamente unas veces y atras atentán contra los mismos. En 1932 el mundo iba desbocau y sin rumbo per culpa de la gran crisis y el auge de los fascismos. En Aragón como n'el resto d'España se viviba la emoción, batueca, de la segunda República; tapoco aturaba el chorreo d'aventureros en ta l'extranjero.

Peruché, huérfano de pare y mare, eba lo que quedaba de una familia de conveniencia en la que se va cebá toda la ruindá de la existencia. S'heba feito un pelafustán malcriau y sin maneras como una parra sin podá, pasaba las noches en la cantina Tonón con una jarca de tres u cuatro bufapllumas como él, pregonán a gritos qu'el día menos pensau marcharía a conoce'l

mundo, fuiría sin avisá de aquel forau de palurdos detrás de su pare, a pasale la fautura de to el qu'el debeba. A duras penas se ganaba la vida. Sólo cuan apretaba la penuria se contrataba per bella semanota, llegán rara vez a cumplila, en casa de Don Perico Marro, en invierno fen turnos, siempre noches, n'el torno del aceite, pues en ixé horario no rodaban caporals y se podeba galvaniá y charrá de temas como el anarquismo y la colectividá, aún así de mala gana, pues a las suyas rebeldías políticas les podeba la perrería y la bota y remataba dormín la mona, amagau en los infiernez, pa que no'l trovasen. Los veranos, si teniba que segá y trillá, faenas que no'l veniban guaire ben, maldeciba al bueno de Don Pedro, a los Sangenís, a los Ric y a toz los ricos del mundo, sentau en bella gavilla, arengán a toda la cuadrilla de segadós a la espantada. Lo que quedaba del año, el pasaba per Los Baños.

La mare, Leandra la Perdularia, de la que no se i puede referí mas de lo que dice l'embote, va quedá preñada muy chobeneta servín en casa Riverola, familia pudiente de la qu'el último heredero, un consentiu libertino, Don Félix, el va perdé tó en una partida de naipes la nochevieja de 1917, los acreedós de mesa se van partí el botín como las sagradas vestiduras y él va jopá en ta Sudamérica. Pero a Santiago, el va fe de pare Mariané Perucho, el campanero, un solterón ya granau que no va fé ascos a la Perdularia cuan se'l va ofrecé como a toz los maciellos del pueblo. Se va casá con ella y va dá apellidos a la criatura borde. Leandra, tan pronto se va veyé integrada en la sociedad gracias al matrimonio, va torná al monte y s'afalagaba con toz como una cocheta y va torná a dá carnuz a los bachilleos. Tanto v'acoquiná l'alcahuetería a la familia: que si el crío eba hijo de Don Félix, que si ahora la Perdularia rondaba al cura choben y ben parecido, que Perucho, lloco de celos, va degollá a su mullé'n la pllaza la Iglesia, después se v'atrincherà n'el campanal en don va pllorá tres dias y tres noches. Cuan van espaldá la puerta y va puyá mosén Pío a buscalo, se va tirá.

Santiago Peruché, els teniba odio a toz los acomodaus del pueblo, sobre tó al pare prófugo, culpanlo de las suyas miserias. Ya mozo, cuan s'emborrachaba, saliba de la cantina a la pllaza y gritaba como un demonio que teniba que haber naciú rico, qu'él eba un Riverola; y las mullés el tiraban el aigua la verdura desde los ventanicos, reín, per qu'en tal casa ya no

quedaba un real y don Félix fllotaba sólo en el recuerdo de fulanas y tahúres. Al sé un chisgarabiu y poco qu'ejercitaba la fuerza repllegaba faenetas de poca pretensión y peor estipendio pos no teniba aguante pa seportá una jornada de dalla, trillo, manero u bataneá llana. Y es que tapoco gastaba salú. Peruché tusiba y escupiba sangre, pero no'l diba a ninguno pos no'l feba gracia al dueño de los Baños y hasta se tragaba los morgaixos si no teniba mocadó, con tal que no'l veyesen. Un médico de Manresa, el doctor Gonfaus, el feba cimbel con lleváselone a Barcelona cada vez que'l presentaba la bandeja las patatas, al hospital d'infecciosos de Santa María del Mar, en don él teniba influencia y ñaeba medicinas y l'atmósfera adecuada pa un enfermo, diba. Pero tó se quedaba allí pues su mullé no quereba ni pensá en tenilo un viaje de un día entero al lau, no fuese cuento qu'els emparentasen per error, chuganse tontamente la reputación de la familia Lledó, estirpe de políticos catalans, de la qu'ella se teniba per albacea. Amás, la chen ya remugaba la tisis de Peruché y al pobre s'el teniba per apestau, de confirmase la tuberculosis, podeba tornase epidemia pa to'l pueblo. Casi como un fantasma, se moveba per Los Baños, un balneario d'aiguas sulfurosas, marchito, muy veniu a menos, a un kilómetro escaso del pueblo, qu'heba tomau boga mediau el XIX entre la burguesía de Zaragoza y Barcelona. Veniban enfermos de la piel a fé novenas pa curasen herpes, soriasis y tratasen barrugas y bofas de mal pronóstico; cuan tornaban a los suyos roldes habituales, diban qu'heban estau en San Sebastián, pos a pesar de sé unas aguas singulares en España, ninguno quereba presumí de tals padecimientos, así que se acudiba de tapadillo, y Los Baños se va torná un llugá siniestro, n'el que ninguno quereba trovase con ninguno. Peruché manteniba el fuego de la caldera pa que los señoricos se dasen baños de vapor y tenisen las tinas de porcelana llenas d'aigua caliente u tibia, a demanda de la terapia precisa. Ayudaba n'el jardín a Juan Roló y per las tardes, asaba patatas al calivo en un montón de brasa que se sacaba con una cerrolla. A los paseantes que candaniaban el camino la Canaleta y el de Costagarreta els recibiba'l torná'l balneario con el tentempié recién feito y unas vinajeras encima una bandeja de zinc y un purrón de vino, éstos se regalaban con el agasajo, el cogeban cariño a aquel zagalé descoloríu y de pocas palabras y el soltaban bella perra gorda. Aunque

ben a gusto, él, les ne daría envenenadas, las patatas. Pero al dueño no'l feba guaire gozo que se mezclase con los clientes; doña Luisa Lledó va fe corré que la espiaba per las endrejas de la puerta cuan se cambiaba de ropa, comentario que abonaba la hipótesis de la enfermedá pos los tísicos, diba el doctor, sufren febradas repentinas y tenaces impulsos libidinosos. No, Peruché no eba buena estampa en un llugá dedicau a la salú y estaba confesau pa no dixase veyé fuera de la cocineta y pa que fese'l favor de no achuchá con las patatas, mas eba ixa treta la qu'el reportaba millós beneficios y feba mas esturbo que atra cosa, asinas que las discusións eban frecuentes entre el primer y el último home del balneario.

El uno de diciembre de 1932 va llegó a los Baños un señorico que llamaba l'atención como ningún otro cliente, per el suyo porte, elegancia y el bigote, pasaus de moda. Se va presentá n'el mostradó y va preguntá per don Teótimo, el gobernante, enfundau en un traje de llana galesa y tocau con un trasnochau canotié. Se va presentá como funcionario del gobierno, cargau d'agentes químicos y nuevos productos d'higiene: desde jabons dermatológicos hasta cloro líquido y gas pa las aguas e instalacións, con la misión d'encetá la nueva política sanitaria requerida per la República. Van pasá en ta la oficina y después de departí casi una hora, va salí con paso regio, apoyanse n'el bastón per la escalinata y se va dirigi al trasero del complejo como si ya se sabes'el camino. Don Teótimo va í al porche de abán metense'l abrigo, bllanco como la cera y con el paso alterau. El forastero heba dixau afuera un Hispano Suiza que va encandilá a los que van fe corro pa veyelo. Al llegó per carretera Fonz entre la boira, el ruido del motor espantaba caballerías y rabaños y se sentiba a una hora lejos; al pasá a semejante marcha, los que nunca heban visto autos, se santiguaban.

– ¿Cómo te llamas muchacho?– Santiago estaba tirán unas tozas y unas zarpadas de broza a la caldera mientras asaba unas patatas con rescoldo. Afuera ñaeba humedá y frío pero las fllamas bufaban aentro d'aquel infierno de fierro. En la cocineta, así llamaban a la estancia, la caldera se dibujaba en la oscuridá con las líneas de fuego que dixaban salí las suyas comisuras y bomegaba una oló espesa entre'l fumo, leña, ixufre y güegos pudrius qu'é la oló de las aguas sulfurosas. Peruché se va chirá como un rayo, pues contaba está solo y se va trová la figura de

aquel home distinguiu, como las imagens del recibidó del balneario, de chens y familias ricas retrataus en daguerrotipos con fondos de barcos de lujo y paisajes marinos, serios como notarios.

– Santiago, Santiago Perucho para servirle señor. –Peruché v´aprendé´l castellano tratán con la clientela del balneario.

–Me ha dicho don Teótimo que quizá podrías hacerme un trabajillo. Que eres atrevido, de fiar y discreto.–Y en aquel cuarté de la caldera, el misterioso chófer del Hispano Suiza, sin sacase la chistera, sin desabrochase ni un botoné, estiranse las codas del bigote con una mano y recalcanlo tó con el bastón en la otra el va fe la suya proposición a Santiago Perucho, que va aceptá ascape per la posibilidá de curase y de tomase una cierta venganza con la vida.

–Te doy un día para que lo pienses, si aceptas preséntate mañana a las once de la noche en la puerta del cementerio. Confío en que no hablarás de esto con nadie, para eso, ten esto. – Y el va dá una moneda dorada y reluciente que pesaba como un llureu del río. Aquella noche, Santiago va convidá en la cantina a Juan Roló a Beteza y al Morené y a toz los que van pasá per allí, y sin revelá la verdá del asunto va dixá veyé que los suyos días de pueblerino s´acababan y ahora si que los dixaría con un palmo de narices pos teniba ya decidiu marchá a corré mundo, quizá a tropezase con su pare y dase a conocé; ixo ya correba per cuenta del destino. Los calaveras del pueblo van bebé de gratis un vino con bel regusto de despedida.

Al tachau, el forastero el va prometé curación en un sanatorio de Francia. Al avaricioso gobernante el va ofrecé una fortuna en metálico, como querén experimentá con la nobleza de la sustancia humana.

Cuan la Bárbara, la campana que daba las horas, tocaba las once de la noche del domingo, Peruché llegaba´l ceminterio. Va puyá per las eras pa que ninguno el veyese fe la macabra ruta tan a deshora y desde detrás del pallero de la era el Candil, chelau de frío, v´acolumbrá la silueta del señorico con chistera debán de la reixa, hasta el vaho de la respiración veyeba, pos s´heba quedau raso y eñaeba una lluna como un pandero. Tremolán, va enfilá la senda que

baixaba hasta la puerta de fierro. Cuan el va cruzá s'el va multiplicá el miedo, pos la silueta ya no estaba y va sentí a lo lejos voces que cuchichiaban. Va tomá aire, va tusí tapanse la boca, v'apretá los dientes y v'acometé'n tal llugá qu'el home del sombrero l'heba indicau, miranse a lo lejos la tumba de su mare al peu del ciprés mas chiquerrín, dinle cosas bonicas entre pucheros, fantasián como sería el sanatorio de los Alpes en don guardaban puesto pa curalo. Debán de los camaradas de cantina Peruché eba un bruto, pero a solas, plloraba su suerte y veneraba a la desconocida mare. Con la ilusión d'agradala n'el corazón, iba arrimanse a la suya sepultura. El murmuro se feba cada vez mas cllaro y mas cercano. Las sombras que cortaba la lluna con los cipreses le sembraban duendes, la babada de bardo debaixo los peus la llengua del diablo que'l llaminaba y el canto del crabero diba el suyo nombre. Iba sorteán los caballóns de tierra revenida per la boira de tantos días, hasta llegá al de Leandra. Allí teniba la mata crisantemos que puyaba a regá de vez en cuando. Aún sin habela conociu más que per los fizóns procaces del pueblo, to l'en charraba a Leandra, tanta falta la trovaba. No teniba ni una imagen, ni un recuerdo. Se i va pará debán un momento, pedinle perdón per sé culpable de la suya muerte, y per lo que iba a fé después, miranse fijamente los crisantemos. Tan mala fama teniba que la van enterrá en atro ferriñal del recinto, sin consagrá, con los herejes y suicidas. Va torná a caminá diriginse a la zona bendecida y va repllegá un bulto embolicau en tela d'aspillera qu'ëñaeba en la puerta la capilla, como se'l heba indicau. La reixeta con filigrana de forja y una flló de Lis en cada esquina que cerca el mausoleo de Riverola estaba obierta, la llosa fuera del suyo sitio y d'aentro saliba un flloco de luz amarilla de un candil que ya teniba preparau. S'el va representá la puerteta de la caldera. S'el van aflojá todas las suyas fuerzas y se i va pixá encima, le castañetiaban los caninos. Va está tentau de fuí corrén y oblidase d'aquella barbaridá, tornásene'n ta casa y al día siguiente í a los Baños a fe lo de siempre y seguí malo y pobre hasta que dios quere se. Pero del mismo sofoco el va cogé un achuchón de tos que casi el pllega allí mismo y el v'afflorá un d'aquels arreons de vida entre la fiebre, ixe instinto que atesora cada ser humano per poca cosa que seiga y va triá el suyo destino, fuese el que fuese, en los Alpes u en los infiernos.

Santiago va saludá con la cabeza a los dos compinches que fumaban y charraban entre els, va sacá del forro la chaqueta el martillo y un buril y de rodillas, va empezá a borrar las letras y cruces de la llosa. Eba analfabeto pero saeba perfectamente a qui perteneceba el túmulo y notaba un resarcimiento a cada esquirla de piedra que brincaba de la lápida. Heba estau toda la tarde cabilán como el fería y no'l va costá mas de una hora pos aunque'l mármol eba duro, la herramienta de acero el desfeba como ches, lo que'l teniba sobrecogiu eba el frio tan tremendo que despediba; mas que la propia noche de diciembre. Después d'obrila de tó con ayuda del gobernante y un barrón per las dos argollas, ya s'heba encajau aentro del monumento pa borrar el nombre del nicho qu'estase marcau con un clairón, ixa heba la parte mas fierá del trato per la que seguramente se l'heba ofreciu la suculenta recompensa. Ahora teniba que traballá con mas traza, en carcañetas, con un punteret mas chiquirrin pa no vulcá la tapa del nicho. En la cripta feba menos frío, tufo a humedá y a tierra rechirada, a madera radida, a polvo viejo, a lombrices que cuan ya no tienen qué radé se deben torná polillas, mariposetas ciegas que si no veyen ni tienen pa comé se mueren. Al no tení huesos deben quedá solo las alas y la oló encerrada, oscura, aburrída, siempre la misma, la oló desabrida de la nada.

— ¡La oló de la muerte!—, se mofaba Santiago de los suyos devaneos, pos tapoco é pa tanto, se diba desafián al miedo, — peor pueden los infiernez. — Pero cuan dixaba de repicá bels segundos pa relajá las muñecas tornaba a la realidá y caeba en que aquella funesta chanza el teniba enloqueciu, apartau de la razón. Mas reveniba'l torná'l tajo, pensán en el viaje a Francia sentau en el asiento del Hispano Suiza, porque según don Teótimo eba el mozo mas templau del pueblo y sólo a él s'el podeba confiá el apaño. En una de las pausas se va quedá chelau, como el mármol que repicaba pos va sentí la voz cllara del misache del sombrero:

—Muchacho, déjalo ya, es suficiente, has cumplido de sobras. Ahora rompe con todas tus fuerzas la garrafa de agua bendita y ya puedes salir. A Santiago s'el va alegrá el corazón, per poté rematá la faena antes de lo previsto, eba d'entendé, qué mas daba, si allí aentro ninguno

vería nunca res. Va tirá las herramientas, va cogé la garrafa, el va levantá per encima la cabeza y el va esclafá con rabia contra el suelo.

– ¡Ya!—Se va sentí afuera la voz del forastero al tiempo que del suelo manaba un fumo verdoso a la luz del candil, y s´el va apoderá un oló picante y esgarradó, per la nariz y los güellos, hasta los pulmons y los sesos. El oló del cloro. El verdadero oló de la muerte. Veyeba como la llosa se le iba cerrán poco a poco encima la cabeza sin qu´él podese fe res más qu´esgarrañala con las uñas primero y después, ya sin fuerzas ni aliento, rozala con las manzanillas de los dedos.

– ¿Nadie le hará de menos en el pueblo?

–Un par de días, Don Félix. Sólo subía a dormir y emborracharse, diré que se fue a Barcelona. A curarse.

Los Baños se va cerrá en 1934. Don Teótimo va jopá a l´Argentina en 1936, antes del alzamiento. Don Félix, llibre de descendencia, fen valé los suyos contactos con caucheros de Manaus de don va traé una considerable fortuna, va creá Correas Riverola, firma que surtiría de tal producto a la Hispano Suiza, hasta que la sección automovilística desaparecese definitivamente, en 1946. De los caucheros aprendería tamé la crueldá con que trataban a los indígenas, igual qu´él va tratá a la suya familia. A Don Félix Riverola y Codina el va devorá Barcelona, solo, viejo y arruináu, como a tantos y tantos crápulas, con Don y sin Don, en 1964. Los suyos restos están en una fosa común del ceminterio de San Andreu, mezclaus con los de otros sin nombre como él, pos ninguno els va reclamá cuan va morí pernoctán entre trapos puercos, en los lavabos del canódromo La Meridiana.

A veces, ñay chen qu´el día de Toz los Santos rega una mata crisantemos debaixo de un ciprés apartau, otros dixan una floreta de las que les sobran en la reixa del panteón de casa Riverola. Sin sabé pa quí.